

Letras de obsidiana 01. La exclusión del desarrollo

Sicilia Zardain, Javier

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/773>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

La exclusión del desarrollo

Javier Sicilia*

Una de las características del modelo económico occidental es la destrucción de la diversidad en nombre de un modelo cultural y económico único: la tecnologización, la multiplicación de la riqueza mediante modos de producción controlados (llámen-se calidad total o ISO9000) y, en consecuencia, el aumento del consumo y la uniformación de las costumbres. Nada escapa a este proceso que desde el 20 de febrero de 1949, cuando el presidente Truman dio su discurso inaugural, se llamó desarrollo.

Hasta esas fechas, como bien lo hace notar Iván Illich en su ensayo “Pour un découplage de la paix et du développement”¹ ese término se utilizaba en relación con las “especies animales y vegetales, con los valores inmobiliarios o con las superficies en geometría”; pero a partir de aquel 20 de febrero se extendió a pueblos, a países y a estrategias económicas. Desde entonces hemos visto a una pléyade de expertos en esa materia caminar sobre la superficie de la Tierra prometiendo a todos que alcanzaremos el estatus de los países avanzados mediante estrategias de empleo, de producción, de eficiencia y aumento del consumo: una especie de Disneylandia productiva, gozosa y feliz. El rostro más acabado de ese modelo en nuestros días son las estrategias que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) imponen a los países para alcanzar el tan



foto: Geraldine Ovando

Escritor. Director de la revista *Ixtus*

anhelado desarrollo y conquistar así la libertad, la igualdad y la democracia heredadas del siglo XIX.

El problema es que esos modelos, que desde la segunda mitad del siglo XX han asolado al mundo, no han hecho más que generar un terrible proceso de exclusión y de destrucción tanto de la naturaleza como del mundo de lo humano. La razón es doble: la pérdida de una mirada crítica sobre la realidad y la elevación del valor económico al ámbito de valor absoluto.

En el orden de la naturaleza, en el que el mundo de lo humano está inscrito, no hay ninguna evidencia que nos permita decir que la riqueza puede producirse y mucho menos multiplicarse. Para que esto pudiera suceder deberíamos hablar de una naturaleza infinita; lo que no es verdad; la naturaleza, como vida (*bios*), es limitada: —el agua que hay en el mundo, por ejemplo, es la misma que había hace uno, dos o tres millones de años; nunca ha habido más ni menos agua de la que hay ahora—; además, la existencia y el equilibrio de esa naturaleza dependen de la diversidad, que los ecologistas llaman cadenas ecológicas, y del límite: la naturaleza jamás produce nada que genere un desequilibrio en la diversidad. Sabia en su ser, sabe que la destrucción del equilibrio es su propia destrucción.

Cuando la sociedad del desarrollo utiliza esa naturaleza —reduciéndola a un simple recurso— para la producción de riqueza, lo que hace simplemente es cambiar su estado en una cosa diferente que, acumulada en manos de unos cuantos, parece riqueza. Así, por ejemplo, el papel de las grandes industrias papeleras no es más que árboles procesados; la gasolina de los transportes, petróleo sometido a procesos industriales; el H₂O de las botellas y de los bidones plásticos que se vende como un bien económico, agua tratada. Lo que es riqueza en el mundo de la economía moderna es destrucción y empobrecimiento en otra parte: la erosión, la contaminación del agua y del aire, la lluvia ácida, el efecto de invernadero, etcétera son hijos de ese despojo de la naturaleza que el sueño del desarrollo pretende hacernos pasar como producción de riqueza.

En el ámbito de lo humano sucede lo mismo. La diversidad de culturas que pueblan el mundo no son, como lo decretó Truman y lo ha creído el mundo entero desde entonces, el rostro de un subdesarrollo, sino la salud de la especie. Bajo diversas leyes de orden cultural los pueblos del mundo han vivido siempre de la producción de subsistencia. Cada pueblo tiene, en este sentido, formas de producir diversas y delimitadas por la misma naturaleza en las que se desarrollan: por ejemplo, las chozas de bajareque de los mayas y su producción alimentaria con base en el maíz son distintas a las tiendas de cuero de los tuareg, que son nómadas y viven del pastoreo y el mijo.

Cuando, en nombre del desarrollo y de su modelo, se han invadido esas diversidades culturales, lo que ha sucedido es que ciertos grupos se han beneficiado, mientras que la mayor parte de la gente, que no puede acceder a las formas de producción de ese nuevo modelo, quedan excluidas y marginadas. Incapaces, a causa de la invasión de un sistema económico único, de rearticular sus formas culturales y productivas, son reducidos a una masa amorfa de desarraigados.

En este sentido el desarrollo, lejos de producir riqueza, ha significado la transformación de la diversidad de la naturaleza y de la diversidad de las culturas humanas ancestralmente orientadas a la subsistencia en un sistema económico de producción que excluye y destruye. El desarrollo conduce así a la expansión de una esfera económica en detrimento de la diversidad, que siempre está en relación con procesos vinculados con el límite y la sustancia.

Su lógica, por lo mismo, es avasalladora. Nadie, ni siquiera los postulados de las conciencias más lúcidas, escapa a su integración excluyente. Todos aquellos que, vuelvo a Illich, se “han levantado contra el crecimiento económico, no de una forma o de otra, sino en tanto tal, han sido denunciados como enemigos. A Gandhi se le miró como un romántico, como un iluminado o como un cerebro desarreglado. Peor aún, sus enseñanzas se pervirtieron para fundar las llamadas estrategias de desarrollo no violento”. Su visión no violenta se vinculó al crecimiento. “El *khadi*, esa tela hilada y tejida a mano –característica de los modos de producción de la India y arma de resistencia contra la expansión de las maquinas textiles inglesas– se redefinió como un ‘artículo de consumo –que ahora se produce con máquinas– y la no violencia, como un arma económica’”.

Algo semejante sucede con los llamados grupos de globalifóbicos, que se oponen a los planteamientos desarrollistas del FMI. El solo nombre con el que la sociedad económica los ha calificado, globalifóbicos, los rodea ya de un aura de intransigencia cerril, de iluminismo estúpido, de adolescencia senil.

Las formas económicas del desarrollo han ido destruyendo un postulado fundamental de la diversidad, la noción de que los seres humanos son capaces –como lo han hecho por siglos– de satisfacer por ellos mismos sus necesidades, y ha conferido a una élite de poder el cuidado de que esos mismos seres sean sometidos al único referente que ese tipo de sociedad reconoce como vida humana: educación escolarizada; salud institucionalizada y señoreada por las industrias farmacéuticas; vivienda, seguridad y consumo. Todo aquel que no logra acceder a ese estándar de vida es señalado como improductivo; todo aquel que vive y preserva formas de vida tradicionales, como subdesarrollado y “jodido”.

Mientras las diversidades culturales y productivas basadas en la autosubsistencia

salvaguardan el acceso a los pobres tanto a los pastizales como al uso público de las carreteras y ríos, y reconocen a las viudas y a los mendigos usos excepcionales del entorno la sociedad de la economía del desarrollo define el entorno como un recurso escaso que reserva al empleo óptimo para la producción de mercancías; entrega las carreteras a la circulación de automóviles y limita los “buenos” empleos a quienes han cursado más de 12 años de escuela.

Hay que agregar a esto otra exclusión, tal vez la menos analizada de todas las exclusiones que han generado los efectos del desarrollo económico: la de los géneros. Esta exclusión, como lo señala el propio Illich² es “una consecuencia obligada de las fuerzas productivas, proceso que implica un monopolio siempre más vasto del trabajo remunerado sobre todas las otras formas de actividad.”

En la diversidad de las sociedades de autosubsistencia existe, con distintas manifestaciones nacidas de las necesidades definidas por sus propias culturas, un rasgo que les es común: “todas las tareas relativas a la subsistencia están asignadas a uno u otro género, a los hombres o a las mujeres [...] No hay dos culturas en la que la distribución de las tareas sea la misma. En cada cultura ‘crecer’ significa, para los jóvenes, crecer en las habilidades características, ya sean del hombre, ya sean de la mujer, en ese sitio preciso y solamente ahí”. En la sociedad económica, que privilegia los trabajos remunerados, las otras actividades, particularmente las desarrolladas por mujeres, se convierten en “trabajo fantasma”, es decir, no remunerado y, en consecuencia, visto con desprecio. En razón de ese hecho, los géneros, entendidos como ámbitos de actividades distintas, han quedado excluidos y sólo queda una competencia entre sexos por los empleos asalariados y una lucha por escapar a cualquier tipo de “trabajo fantasma”, que no es retribuido y se ha vuelto incapaz de contribuir a la subsistencia.

Esta es la exclusión que vivimos bajo el sueño del desarrollo, que padecemos y que nos tiene en un perpetuo malestar que se manifiesta en movilizaciones sociales.

Sin embargo, pese al malestar que causa, muy pocos de esos movimientos comprenden su substancia. Frente al panorama que acabo de exponer, lo que asombra de los movimientos de reivindicación social es que la mayoría de ellos lo único que buscan es la manera de ser incluidos en el mismo sistema que los excluye. Incapaces, a fuerza de ser despojados hasta de su memoria histórica, de reivindicar la tradición de lo diverso, exigen una mejor distribución de la riqueza. ¿Pero cómo puede distribuirse lo que sólo es un espejismo en un mundo cuya naturaleza es lo limitado?

Estamos en una encrucijada. Frente a ella, sólo puedo pensar en esos grupos que, como las comunidades indígenas de Chiapas, las del Arca el Lanza del Vasto, en Francia; los

ashram gandhianos en la India o las granjas familiares de Wendell Berry, en Estados Unidos, han decidido escapar a la absurda espiral del desarrollo y mantener viva la tradición de la subsistencia donde lo económico vuelve a colocarse en el justo sitio de lo humano.

Desde hace años, frente al callejón sin salida en el que nos ha puesto la sociedad económica, pienso que la historia se repite en ciclos, y que al igual que de las ruinas de la Roma antigua, destrozada por el hedonismo y la barbarie, un grupo de marginales, los monjes, salieron del desierto en el que se habían confinado, para reconstruir la memoria del hombre; creo que de la hecatombe que prepara la sociedad económica, esos grupos, a los que me he referido, saldrán de sus periferias para reconstruir lo que con su esfuerzo y su memoria han preservado y salvado de la ciega exclusión de los últimos siglos.

Además, opino que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés, liberar a todos los zapatistas presos y evitar que Costco se construya en el Casino de la Selva.



foto: Geraldine Ovando

Referencias

¹ *Dans le miroir du passé (Conférences et discours, 1978-1990)* Descartes & Cie, Paris, 1994.

² *Ibid.*, y *El género vernáculo*, Joaquín Mortiz/Planeta, México, 1990.